

620 - 3

350



VÍCTOR ESPINÓS



SAN ISIDRO, LABRADOR DE MADRID

Y

FRAY FÉLIX LOPE DE VEGA



MADRID

IMPRENTA MUNICIPAL

MCMXXII

VÍCTOR ESPINÓS

SAN ISIDRO, LABRADOR DE MADRID

Y

FRAY FÉLIX LOPE DE VEGA

Conferencia pronunciada en la Real Academia de Jurisprudencia
en 23 de febrero de 1922

IMPRESA A LAS EXPENSAS DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID



MADRID

IMPRESA MUNICIPAL

MCMXXII

*Al señor excelentísimo
D. Francisco Ruano y Carriedo,
Secretario Mayor del Concejo de Madrid:*

Pues sois Francisco, como el Escribano Secretario deste Concejo, Pesta, ilustre auxilio de Iope en el negocio de honrar a Isidro, Patrón de Madrid, cuando hicieronle santo; pues de vuestra madre tenéis el Carriedo, valle de que procedía la misma madre de Iope de Vega, como él lo declara:

Piense su silla en la bordada alfombra
de Castilla el valor de la montaña,
que el valle de Carriedo España nombra.
Allí otro tiempo se cifraba España;
allí tuve principio.

Pues es vuestra deudora la Villa de Madrid, que el labriego jarameño tan tiernamente amaba, y pues me pide el corazón mostraros la rendida gratitud que os guarda, aceptad, señor, estas páginas, que, amparadas de vuestro nombre, ya serán, y sólo por eso, menos indignas del Santo y del poeta, cuya memoria evocan y quisieran honrar.

Besa las manos de vuecelencia,

Victor Espinós.



FRAY FÉLIX LOPE DE VEGA

RETRATO OBTENIDO DE LA EDICIÓN DEL *Isidro*, DE 1599.
MADRID. — LUIS SANCHA. — EXISTENTE EN LA BIBLIOTECA
MUNICIPAL

Ilustre concurso:

Suele ser práctica constante, que en este caso recibiría justificación perfecta de las circunstancias, la de que el orador explique al auditorio cómo y por qué se halla en el trance grave que representa—hablo por mí—contraer el compromiso de entretener eficazmente la atención de la concurrencia durante un tiempo que, además, se anuncia como breve, para estimular la paciencia, que puede temerse con fundamento vaya a faltar, a los auditores.

Atribúyese al maestro Rodríguez Marín esta anécdota: citado por un desconocido que, según dijo, deseaba hablarle, acudió bondadoso al llamamiento. El desconocido tenía el propósito, que ocultó arteramente, de infligirle la lectura de una composición. No sabemos si logró o no esa honra; pero sí que el erudito sevillano, padre del gracejo, acaba el cuento diciendo:

«Acudí a la cita, y me encontré con un sujeto de muy buen aspecto, que me saludó con gran cortesía y me produjo excelente impresión. Yo creí que se trataba de un hombre de las mejores intenciones; pero, de pronto, el diantre de la criatura registró su faltriquera ¡y sacó un drama!...»

En la mayoría de los casos un conferenciante es un hombre dotado de óptimas intenciones; pero no hay modo de evitar que traiga consigo una conferencia, como traía un drama el hombre desconocido, que tanto pavor puso en el ánimo del maestro Rodríguez Marín, a quien envió desde aquí un saludo tan afectuoso como admirativo. Válgame a mí las buenas intenciones, que os ruego me atribuyáis, y que no irán a empedrar los infiernos, porque eso de que el infierno está empedrado son voces que desde allí hacen correr cuatro contratistas de obras de pavimentación, que es de las ocupaciones humanas la que da más clara idea de la eternidad.

Lo benemérito de la Federación de Sindicatos femeninos, que me honró con el encargo de esta disertación, y lo ilustre de la tribuna que me es dado ocupar con tal motivo, son circunstancias que procuro olvidar, porque si con mucha fuerza las recordase coartarían mi libertad, al medir su alteza con mi modestia. Pero no puedo olvidarlas hasta el extremo de rehusarles el homenaje de lamentar ésta y enaltecer fervorosa y agradecidamente aquélla, pensando en lo que la Federación y la tribuna pierden, que es, naturalmente, todo lo que yo gano.

Parecióme, señores, que no estaría fuera de lugar ni de ocasión entreteneros evocando, hasta donde yo alcance, tiempos de fe y de compenetración de la conciencia colectiva española, y singularmente madrileña, con sucesos que precisamente ahora tienen su obligada rememoración.

Aludo al centenario de las canonizaciones de la seráfica Teresa de Jesús, del ínclito caballero de Cristo, Ignacio, del apóstol de Javier y del humilde labrador de Madrid, Isidro, cuyas gestas humanas y divinas había de cantar—y aún resuena el cántico, de que mis palabras pretenden ser eco, y no lo serán, sino desmayado y pobre—otro madrileño, fénix entre los ingenios, pasmo aún en tiempos pasmosos, vate, clérigo y soldado, y todo ello a la española casticísima: Fray Félix Lope de Vega Carpio, del hábito de San Juan, que, pudiendo—como él mismo dice—emplear su cristiana y acordada minerva en glorificar cualquiera de los Pontífices, Reyes o Capitanes que han nacido en esta villa, «que pudieran honrar la más florida república del mundo», prefirió rehacer la vida y milagros del Santo labriego, vaticinando, como vate que era, que la existencia de los trabajadores había de ser la más grave preocupación del tiempo venidero.

No movió menos a Lope de Vega, para escribir de San Isidro—él lo declara—la dulzura del amor de la Patria pidiendo al paso a Ovidio las palabras:

*Rursus amor patriæ ratione valentur omni
quo tua fecerunt scripta, retexit opus,*

así como «la devoción deste Santo labrador suyo, que todos los que en ella nacimos tenemos por padre».

¡La Patria y la devoción juntas, indestructiblemente unidas en el corazón y en las obras de los grandes españoles de la grande España, grande por ellos y por eso!

Y así nació primero en la mente de Lope y luego en las prensas el poema castellano en que escribe la vida del bienaventurado Isidro, labrador, y su Patrón divino, dirigida a la muy insigne Villa de Madrid, cuya exactitud alaba el autor encareciendo: «Todo lo que escribo es auténtico, y cosas hay, que los que nacimos en esta villa, las sabemos en naciendo, sin que nadie nos las enseñe y diga, que no es pequeño argumento de la santidad deste varón excelente; y, por mi mismo saco yo esta verdad, pues supe que la fuente de su ermita la hizo con su aijada, y que araba en aquellos campos con los ángeles, sin otro maestro que haber nacido en ellos. Con todo eso,

cuanto escribo y digo, se entienda debajo de la corrección de la Iglesia Católica Romana, a que me sujeto».

¡Oh, soberbios poetas de la carne y de la vanidad, que sonreímos! ¡Nada quedará de nosotros, ni aún el recuerdo de nuestra sonrisa!... Todo en nosotros es perecedero, como la vanidad y como la carne...

Lope, humilde, voluntario aceptador de la enmienda, vive y vivirá aún, tanto, al menos, como España inmortal.

Isidro, labriego rudo, ignorador de toda humana disciplina, pero siervo heroico de Dios, es Santo en la eternidad.

Veintitrés años antes de que la Iglesia otorgara a Isidro el honor de los altares, escribió Lope su poema, especie de canonización de las musas cristianas, por considerar como una obligación de hijo de Madrid el ofrecerle tales alabanzas, justificando el rendirlas en verso, y no como se quiera, sino en versos cual mirados en el ejemplo de David: *buenos, castos y medidos*. Y añade el poeta: «Yo creo que este precepto guardan pocos, y que yo podría ser culpado en esto; pero ya dije que amor da con el atrevimiento la disculpa, y de ser (los versos) en este género, que ya los españoles llaman humilde, no doy ninguna, porque no pienso que el verso largo italiano haga ventaja al nuestro, que si en España lo dicen es porque no sabiendo hacer el suyo se pasan al extranjero, como más largo y licencioso.»

El oyente discreto verá si también en este lamentar hay visión de lo futuro, y si muchos extranjerizantes de ahora no son, ante todo y sobre todo, ignorantes de lo propio, que casi es mejor que no lo osen, según lo que, cuando se deciden, lo desbaratan y desfiguran.

Y pues no es fácil ni útil a nuestro propósito el seguir quintilla a quintilla los diez cantos del poema, permítaseme, a lo menos, dar de él una idea sucinta.

No pretendió Lope, sin duda, hacer de su poema un documento hagiográfico, sino una historia poética, y, desde luego, poetizada; pero no lo dejó todo a la imaginación, como lo demuestra la correspondencia que mantuvo con Fray Domingo de Mendoza, a quien pidió y de quien obtuvo el franqueamiento de papeles (1).

Desde luego, el exceso de citas y eruditas referencias afea y alarga in-

(1) «La falta de estos papeles ha causado la dilación, que en la prosecución deste libro ha havido, porque de ninguna suerte he hallado luz de la verdad desta historia, menos que confusa y casi apocrypha, cosa indigna de lo que escribiendo de Santo tan conocido se pretende. Lope de Vega Carpio a Fray Domingo de Mendoza Colección de las *Obras sueltas, assi en prosa como en verso*, de Lope de Vega, tomo XI.—Madrid. Año MDCCLXXVII—Imprenta de Sancha.

necesariamente la producción; pero quedaría siempre en ella lo bastante para hacerla digna de su autor, y mucho más de lo que se limita a recoger cierta moderna selección.

Del nacimiento de Isidro hasta su boda comprende el canto primero del poema.

La bendita ignorancia del labrador merece del poeta grandes encomios, con afirmaciones de valor pedagógico innegable, como aquella en que Lope encarece que el bienaventurado sólo el *Christus* aprendió, pero éste supole bien, y agrega:

Deste libro inexcrutable,
que abarca de Polo a Polo,
fué una Sibila, un Apolo,
que es estudiante notable,
el que lo es de un libro sólo.

Que cuando no estaban llenos
de tantos libros ajenos,
como van dejando atrás,
sabían los hombres más
porque estudiaban en menos

.....

No saber en contingencia,
que el errar con advertencia
tengo por mejor ganancia;
y una fiel ignorancia
que una temeraria ciencia.

.....

Quien piensa que sabe, dudo
sepa lo que humilde pudo:
quien a Dios honra y conoce,
de ser sabio el nombre goce,
que el que no sabe esto, es rudo.

Algo así como una glosa de los Mandamientos de la ley divina sigue a esto, con las oportunas consecuencias y aplicaciones a las virtudes de Isidro, niño. Por ejemplo:

No anduvo en juegos ningunos
con muchachos importunos,
ni juró, como lo hacen,
casi primero que nacen,
el nombre de Dios, algunos.

¡Ay de aquella juventud,
que esta costumbre recibe,
y a cuanto mal se apercibe!
que no se logra virtud*
donde la blasfemia vive.

El oficio salvador y primario del cultivar la tierra alcanza de Lope estos sentires:

La forma que agora encierra
el cetro que al Rey honró
del arado se sacó:
ciudades deshizo en guerra
y en paz ciudades fundó,
El arado con que el suelo
rompe agora, es como un velo
de este misterio profundo,
que siendo arado en el mundo
vino a ser cetro en el cielo.

Ya comprenderéis que de estas preciosas maravillas de concepto, no siempre felizmente expuestas, está el poema constelado, y que el espiguelo no tiene la pretensión sino de ofrecer de él un reducido panorama.

Los labradores del contorno tratan de casar a Isidro. Serían de seguro labradores con hijas, que no querrían perder la ocasión de colocarlas, según lo que entonces se entendía por una buena proporción, que en esto, entre campesinos y no campesinos se han mudado radicalmente los criterios.

Y pensando en la calidad del novio, los officiosos casamenteros juzgan lo mejor,

que la moza honesta sea,
ni muy linda ni muy fea
y natural de Madrid
que es lo que Isidro desea.

No sabemos si, en efecto, mostró Isidro tal preferencia alguna vez. Por de pronto, acepten las madrileñas este piropo de Lope, acendrado en tres siglos, que era en la materia, por lo que sabemos de él, lo que ahora decimos un técnico, y, cuando no, un conocedor muy autorizado.

Celébrase al cabo la boda con María de la Cabeza, unión en la que eran tal para cual, como suele decirse, porque ella tenía «vergüenza con santidad».

¡Cuán alegres las fiestas! Isidro, aunque de pardillo—nombre que ha pa-

sado del vestido a los que solían usarlo—limpio, justo y aseado, con jubón de lino, capote de dos haldas, a las espaldas la capilla, gregüesco de paño con pliegues y cordones, polaina y delgado zapato «de Villa», gran sombrero adornado de cordón y pendientes y negras borlas, más la camisa de lechuguilla.

María, con sayuelo de grana y saya de blanca cotonía, cofia, manto fino de belarte con argentería de la buena, sin más preseas—tampoco había para más—que la cristianísima de un *Agnus* de filigrana.

No faltan autoridades en la materia que niegan la posibilidad de que Isidro y María de la Cabeza vistiesen de este modo, nada acomodado, en sentir de estas autoridades, a la indumentaria del siglo XII; pero la descripción es bellísima, y ha prendido en el corazón de artistas y devotos, que acaso no conocerían a tan santa pareja de otro modo ataviada.

El padrino es el propio amo, Vargas, piadoso y liberal padrino; hay en abundancia regalo y confitura, de los cuales pasan los novios a un muy humilde pasar, porque, según su condición,

a trabajar comenzaron:
él a su labranza vino,
y ella buscó lana y lino,
de que sus manos labraran
blanco lienzo y paño fino.

Y no muy adelante place al insigne vate aprovechar la ocasión para bruñir el espejo de virtudes conyugales que fué María de la Cabeza, diciendo:

La voluntad de su esposo
fué en María ley forzosa,
que la respuesta amorosa
tiempla el ánimo furioso,
y es medicina famosa.

Al principio del querer
dió en servir y obedecer,
por no darle a la discordia,
que consiste la concordia
en manos de la muger.

No era menester, en fin
que el marido ensordeciese
y la muger ciega fuese,
sino que al lince y delfín
cualquiera de ellos venciese.

.....

Fortaleza y hermosura
de su cuerpo, y alma hermosa,
fueron de esta santa esposa
la preciosa vestidura;
y no comió el pan ociosa.

Pues ¿qué decir del bateo del primogénito de esta bendita unión? Hubo en él fuentes de oro, y decentóse una cuba de antiguo oloroso vino, y porque nadie hubiera descontento,

buena ofrenda al cura dieron,
buen capillo al sacristán,
a los mozos vino y pan,
¡y los muchachos hicieron
pedazos el mazapán!

De entre los milagros que en el *Isidro* se atribuyen al bienaventurado, sacaremos uno para que con él se temple la aridez de esta exposición,

Cuenta Lope, con fuerza bucólica irresistible, cómo Isidro sale de madrugada a llevar trigo al molino, desafiando hielos y escarchas.

Ved qué maravilloso cuadro; Isidro, a oscuras, deja el caliente lecho, y

la tiniebla que le ofusca
va tentando como ciego,
llega al frío hogar y luego
entre la ceniza busca
si aún hay reliquias del fuego.

En fin, un tizón halló,
y algunas pajas juntó
sobre el extremo quemado
y el rostro de viento hinchado
soplando resplandeció.

Enciende Isidro y de presto
huye la sombra y se extiende,
él con la mano defiende
la luz que afirma en el puesto,
donde vestirse pretende.

Cúbrese un capote viejo
sin cuidado y sin espejo,
y anda a vueltas la oración:
que orar en toda ocasión,
es del Apostol consejo.

Pasa de un blanco cestillo
al alforja el pan y el puerro
relincha la yegua en cerro,
rozna el rudo jumentillo
canta el gallo y ladra el perro.

Ya en el corral bala el manso,
deja el pastor el descanso,
que ha dado envidia a algún Rey,
gruñe el lechón, muge el buey
bate las alas el ganso.

Ya Isidro al jumento aplaca
la sed y él se ensancha e hincha,
ya le apareja y le cincha
y ya, de ver que le saca,
la yegua sola relincha.

Cárgale, la boca abierta,
de la pereza despierta,
y luego al campo le guía
saliendo a cerrar María
o a velle desde la puerta.

.....

Topó algunos labradores
y de la villa al molino
con ellos hablando vino
dorando los resplandores
de la nieve el sol vecino.

Vió un arbol, las ramas flojas —
de las que airado despojas
cierzo, que aún el tronco arrancas,—
lleno de palomas blancas.
en vez de las verdes hojas.

Y como la tierra vía
—aunque madre, tan avara
que les negaba la cara—
cubierta de nieve fría,
que a todo animal ampara.

Con aquél su ardiente celo
apartó la nieve y hielo,
y allí el costal desató
y trigo al tiempo llovió
que llovía escarcha el cielo.

Las palomas, con placer
a que otro ninguno iguala,
viendo la mesa, y no mala,
descendieron a comer
sin huir del maestresala.

Viendo Isidro su porfia
al costal iba y venía
diciendo: a los dos nos toca,
abrid vos, costal, la boca
pues que yo cierro la mía.

Ellas dando en los baratos
 montones de trigo espesos
 iban con picos traviesos
 a mordelle los zapatos.
 ¡Yo sospecho que eran besos!
 Y él, que tan contento estaba,
 las hablaba y consolaba,
 de aquella nieve importuna
 y por no pisar alguna
 los santos pies desviaba.

¡Reminiscencia del madrigal galante, por Lope tornado a lo divino!...

Amonestándole a Isidro un labrador por el despilfarro, contéstale que Dios prepara el sustento a las aves, y le dice este primor poético:

Pues si de aquesto me acuerdo
 ¿en qué dejo de estar cuerdo?
 Aquí no pierdo: antes gano,
 y cuando pierda algún grano
 si Dios lo aumenta ¿qué pierdo?

Y así fué, en verdad, que el costal volvió a llenarse milagrosamente, y la harina creció de modo prodigioso.

Más milagros y virtudes del bienaventurado, sus terribles pruebas por la vileza de la calumnia contra la honestidad de María, y el glorioso tránsito de Isidro, son los asuntos de los cantos siguientes, hasta el término del poema, en donde hallamos los retratos que de Isidro y de su bienaventurada esposa trazó el mágico pincel de Lope, precisamente al término de su obra.

Era Isidro alto y dispuesto,
 bien hecho, humilde y modesto;
 nariz mediana, ojos claros,
 en ver y en vergüenza raros,
 de andar suspenso y compuesto.

El cabello Nazareno,
 bien puesta la barba, y boca
 ni en grande exceso, ni poca,
 el rostro, alegre y sereno,
 que la risa siempre es loca.

La voz entre dulce y grave,
 tratado blando y suave;
 pero si os pasáis, pinceles,
 al alma, un angel Apeles
 pinte de vos lo que sabe.

Era María trigueña,
 de ojos garzos vergonzosos,
 viendo y mirados hermosos,

la boca honesta y pequeña,
 los cabellos espaciosos;
 de su tiempo nos quedó
 este retrato (1), que yo
 he visto y considerado,
 supuesto que en el traslado
 tan viva color faltó.

Un certamen abierto por la Santa y Real y Antigua Devoción y Compañía de los Siete Dolores y Compasión de Nuestra Señora, dió ocasión a Lope para alcanzar el lauro con una canción en loor de San Isidro de Madrid, dirigida a Nuestra Señora de los Dolores, y que comienza llamando a la Reina del Cielo «divina Ceres, celestial María», para hablar del pan del altar, como luego se dirige a Isidro como «arador del valle de lágrimas y sembrador del grano evangélico», en ingenioso contraste, no asistido siempre de buen gusto, a decir la verdad.

Como todo el mundo sabe, Lope, además del *Isidro*, quiso ofrecer al patrón de Madrid, su Patria, otros frutos de su privilegiado ingenio, y aun cuando este poema castellano sea la más extensa de las obras consagradas por Lope a su santo predilecto, que de tal modo influyó en su vida y en sus producciones, no puede pasarse en silencio la trilogía resultante de las comedias *La niñez de San Isidro*, *La juventud de San Isidro* y el *San Isidro, labrador de Madrid*, de las cuales la última se publicó en 1617 y las dos primeras en 1622, con la *Relación de las fiestas que la insigne Villa de Madrid hizo en la canonización de su bienaventurado hijo y Patrón, San Isidro*, más los versos que en la justa poética se escribieron, justas de que fué alma el inmortal poeta, asimismo Secretario del certamen y aun autor de la aludida relación.

Menos conocida es la noticia de los festejos que Madrid dedicó a su Patrón dos años antes con motivo de la beatificación. En la relación de Pínelo, que confiesa haber tenido a la vista Alvarez y Baena, se, consigna que en 15 de mayo de 1620, hubo solemne procesión con pendones, cruces, cofradías, clerecía, Alcaldes, Regidores y alguaciles de 47 Villas y lugares, cada una con sus danzas y dulzainas, contándose 156 estandartes, 78 cruces, 19 danzas y muchos ministriles, trompetas y chirimías. La víspera vino de Aranjuez el Rey con sus hijos, y trajo danzas y juegos y otros festines

(1) Ignoramos a qué retrato puede aludir Lope en este pasaje, y es lástima no concretar este documento, de inapreciable valor. (Nota del autor)

que alegraron la noche. En las calles erigiéronse nueve altares de rico y curioso adorno, levantando arcos al paso de la procesión los Franciscanos, Mercedarios, Jesuítas, Dominicos, Trinitarios, Agustinos, Carmelitas y Mínimos.

El Rey fué a la misa a San Andrés, comió y tuvo la siesta en casa del Almirante de Castilla, junto a la iglesia. Al llegar la procesión bajaron el Príncipe y los Infantes a la calle y acompañaron el santo cuerpo.

Fiestas y regocijos seculares alegraron la Corte con máscaras, fuegos, carros y encamisadas, que duraron ocho días; en la Plaza Mayor se armó un castillo con muchos artificios de fuegos, que por descuido se quemó con más de 4.000 ducados de daño, y con riesgo de que fuese mayor.

Pero no era de esto solo de lo que principalmente deseaba evocar el recuerdo, sino de la *Justa poética y alabanzas justas* que hizo la insigne Villa al santo labriego en las fiestas de su beatificación, organizadas y dirigidas por el madrileño no menos insigne, su cantor principal, Félix Lope de Vega. Ello fué cuando la Santidad de Paulo V, a petición de Felipe III y de Madrid, otorgó la aludida beatificación del mínimo criado de Juan de Vargas (a quien no ha habido modo hasta aquí de castellanizar de una vez el nombre de pila: es probablemente el único Ivan que figura en la historia de España, o, por mejor decir, el único, para nombrar al cual se ha trasladado la ortografía a la pronunciación), y a mediados del año de gracia de 1620.

Hubo, pues, un certamen poético, en nueve partes, como nueve son las Musas. Es curioso recordar los asuntos; y más aún los premios ofrecidos. La primera pedía canciones de cinco versos, a lo Garcilaso, con tres premios de plata y oro, una fuente de plata de 400 reales, una figura del Santo iluminada y guarnecida de oro y un vaso de plata; la segunda un soneto, con tres galardones, entre los que había unas medias de seda de nácar y unas ligas blancas con randas de oro; para otra sección, seis varas de raso, tres negras y tres leonadas; para otra, un corte de tirela negra de 100 reales; para otra, seis varas de raso verde...

No es preciso pensar que los poetas obsequiarían a sus damas con tales agasajos, puesto que ellos mismos pudieron usarlos, que aún no se había llegado a esta virilidad exterior igualitaria en el indumento masculino, que abandonó después formas y telas brillantes al uso de la mujer, aunque ahora se advierten a lo mejor tales rarezas en esto que no parece sino que ellos y ellas han trocado las perchas...

Anunciado el concurso no se nombraron los jueces «porque los poetas no tomen cuidado de visitarlos», precaución lo bastante elocuente para que se conozca que no es exclusivo del siglo xx que en el manual del perfecto concursante figure el secreto ejercicio de majar a puras presiones secretas a los jurados, los secretos aspirantes a la gloria de poseer una flor más o menos natural, o el consabido objeto de arte, alcaide de la inutilidad convertida en premio del trabajo.

A nosotros nos ponen los siglos a cubierto de toda sospecha, y podremos decir que fueron jueces los Consejeros de S. M. Tapia y Cabrera, el reverendísimo Padre Maestro Antonio Pérez, General de los Benitos; el floridísimo en letras divinas y humanas, Maestro Fray Hortensio Félix de Paravicino, Provincial de los Trinitarios; D. Francisco de Villacis, Santiaguista y Corregidor de Madrid; los Regidores más antiguos, Juan de Armunia y Juan de Urbina, y Secretario el Escribano Secretario mayor del Ayuntamiento, Francisco Testa.

Tan grande poeta no quiso que en el Jurado figurase poeta alguno, lo que hubiera traído un imposible juzgar, «pues rendirse al ingenio de otro no está visto en el mundo, por más amigo que sea». Y de esto Lope estaría bien enterado, que con él cometieron, como él con otros cometió, tal género de injusticia, en el remedio de la cual hemos progresado poco desde la beatificación de San Isidro acá, dicho sea de paso.

Y llegó el día de la apertura de las plicas y otorgamiento de los galardones. No fué fácil la tarea del Tribunal, pues fueron muchos los ingenios concursantes: cerca de un centenar. ¡Y qué altos representantes y orfebres del verso castellano! Allí brillaron las minervas de Guillén de Castro, Vicente Espinel, Juan Pérez de Montalbán, Fray Gaspar de San Diego, López de Zárate, el Conde de Villamediana, Jáuregui, Núñez de León, el licenciado Salamanca, Castro y Bermúdez, Vargas Machuca, Ledesma, Venegas, y, por fin, el propio Fray Félix, con su nombre o con otros, como el de maestro Burguillos, que no podía dejar ahora sin su obsequio al insigne protagonista de aquella madrileñísima fiesta, que fué en 19 de mayo de 1620, en la iglesia parroquial de San Andrés.

Adornábanse sus muros con las mejores tapicerías de Palacio. El altar mayor y los colaterales con terno de plata escarchada, que, con los demás requilorios y adornos, habían para ello entregado los mercaderes de la Villa. En el centro de la capilla mayor, y sobre las andas mismas en que había sido llevado a la procesión solemne el cuerpo santo de Isidro, labrador, en el

arca de plata, obra y ofrenda de los plateros de la Corte, que, hermanados bajo la advocación de San Eloy, tuvieron siempre el privilegio de honrar la sagrada reliquia y alumbrarle con hachas de cera verde.

A los pies de la iglesia alzabase un teatro o estrado, cubierto de alfombras de seda, con ricas sillas y doseles para los jueces, con una mesa entapetada. A la izquierda, en un terciopelo carmesí, los premios, «que como eran tan ricos, varios y vistosos parecían bien a todos, daban codicia a los que habían justado y envidia a los que no habían escrito». Frente a los jueces, el puesto del mantenedor.

Llenaba las naves del templo gran concurso de señores, Religiosos, Letrados, humanistas, damas—principal ornamento de toda fiesta—y, por fin, buena copia de vulgo.

Tocó un rato la música de ministriles y atabales, y allegóse al sitial del lector o mantenedor la gallarda figura de Lope, quien, saludado con un largo murmullo, entre impaciente y halagador, de la muchedumbre, y tras una devota reverencia a la reliquia, y otra cortesana y afable a los jueces, antes que él aposentados, tomó asiento en el sillón que al efecto estaba prevenido. Hízose, al cabo, el silencio, y Lope empezó a decir:

—Hánme entregado ¡oh, ilustre asamblea!, a la entrada, unas cédulas o memoriales de que me parece bien daros cuenta.

Tratábase de papeles de su cosecha, de intención satírica, que, como váis a ver, se conserva fresca al cabo de trescientos años. Por ejemplo:

—Los poetas del Hospital general son muchos, y pasan extrema necesidad; V. R. los encomiende por la parte que le toca; pedirán para ellos dos poetas jubilados, y aun se quedarán con ello.

—Un poeta ha compuesto 27 comedias; no halla quien se las represente ni se las oiga; si hubiere alguna persona que se las quiera trocar a papel blanco, recibirá en ello caridad.

—A un poeta mental se le ha secado la mano de comerse las uñas; está con mucha necesidad.

—Una dama poetisa y persona honrada, que por ser entrada en años no puede invocar las musas, ni la visita Apolo, no va a misa por no tener manto. Quien tuviere algún soneto viejo—pues esta tarde sobrarán tantos—algunos tercetos que no le sirvan o algunas redondillas trahidas, acuda al sacristán de esta santa iglesia, que recibirá limosna y merced.

—A un poeta contemplativo se le ha atravesado un consonante en la garganta comiendo un soneto, barbo de entre puente y puente; está en grave

peligro; V. R. le encomiende un estrambote y una elegía a los hermanos de la Facultad, que en ello recibirá merced.

—Quien hubiera menester un poeta de veintidós años, que hace la letra que aquí se ve, y dará fianzas de no escribir comedias ni seguidillas, acuda a la academia de los poetas donados, que allí le diran dél como dicen de todos.

—En la academia de los poetas legos hay disparate plenísimo, murmurando lo que quisieren por la paz y concordia de los poetas cristianos, gánase hasta puesto el sol, porque después todo hombre guarde la cabeza.

Las puntiagudas cédulas, aderezadas por el lector con nuevas sales y donaires improvisados, no podría habérselas permitido en solemnidad como aquella y ante una asamblea de ingenios literarios, pendientes de un fallo en concurso poético, sino quien tuviese la altísima autoridad y representación de Lope.

El ingenio ha gozado de tales fueros, y es muy justo.

Vinieron luego una oración en verso muy dilatado, música y la lectura de las más de las composiciones, que no sería para Lope flojo trabajo. De cuando en cuando, y con la música, descansaban el que leía y los que le escuchaban, y temiendo estoy, no por mí, sino por vosotros, que habremos de echar menos, y tal vez ya es hora, acordadas chirimías que me ayuden en vuestro ánimo y os consuelen.

Singular impresión debió de causar el acto de leerse la *glossa* con que justó Lope de Vega, el mozo (1), de la cual, adelantándose a la malicia de las gentes, dijo Fray Félix:

De Lope de Vega el mozo
dicen, no se si lo crea,
que él y su padre van horros
en las armas destas fiestas,
y que le puso en la glosa
el emplastro de una enmienda
para cazar con hurón
el *Agnus* o la cadena.

(1) En el año de 1620, en que se celebró la fiesta poética a la beatificación de San Isidro, no había cumplido catorce años, e hizo la primera glosa del certamen quinto, con el nombre de *Felix Lope el Mozo*. Este se inclinó a la milicia, con sentimiento de su padre, que le encargó al Marqués de Santa Cruz para que la aprendiese y medrase a su sombra. A poco después del referido certamen, se embarcó, y asistió en algunas ocasiones que se ofrecieron contra holandeses y turcos, y murió a los quince años, en un bajel que navegaba a la isla Margarita, y se sumergió con toda la gente que llevaba. Su padre lloró esta desgraciada muerte con la mayor ternera en la égloga piscatoria *Felicio*, en cuyo título le llama Lope Felix del Carpio y Luján, dándole este último apellido de su madre (Alvarez y Baena).

Y puede que Lope engañara aquí con la verdad. Suave nepotismo habría de parecernos este, a cuantos vemos alrededor ejemplos más graves de emplastros de influencia y bizmas del favor familiar en beneficio de tanto yerno, que por algo se les llama hijos políticos, capaces de cazar con hurona el *Agnus* dorado de la representación o la suave cadena del destino pingüe.

En las composiciones del maestro Burguillos, dígame Lope, hay no solo humorismo, como luego se empezó a decir, sino grotescas alusiones, que romperían violentamente con el exceso de formalidad de que adolecen estas solemnidades. El propio Lope de Vega, empeñado en sazonar el acto, dijo al terminar:

¡Qué inmensa copia de rimas!
 ¡Qué buen año! ¡Gran cosecha!
 Si así lo fuera dé pan
 como lo fué de poetas.
 Tres baúles de a seis varas;
 un cofre; dos arcas viejas
 que se llenaron de coplas
 me jura Francisco Testa.
 ¿Quién pensara que en Madrid
 tantos poetas hubiera?
 Pero vos lo habéis causado,
 labrador de nuestra tierra...

Así veremos al maestro Burguillos burlarse de la fiesta, de los jueces, de justadores, del concurso, lamentarse de que las lluvias enviadas por Isidro fueran ineficaces en el corazón de los panaderos,

«mas aunque más llovía,
 el pan, como si nunca Dios lloviera,
 lo mismo se valía.»

Lo cual parece probar que la escala de la dureza de los corazones por oficios era ley ya en el siglo xvii; y un poco más allá, hablando de la fuente que abrió Isidro para Vargas, su amo, que al beberla «llamóla licor divino», dice Burguillos:

«Y aunque dijera de vino
 que no pecara advertid
 porque en vinos de Madrid
 lo mismo es agua que vino.»

Se burla de los médicos, corridos de que no habiendo curado al Rey, S. M. curase a la vista del cuerpo santo de Isidro; de los sabihondos de frío corazón, cuando le dice al propio Isidro, que llegó a ser tan de Dios,

quien os dió tanto saber
 fué la fé, porque creistes
 y os dejastes de entender.

de los simbolistas de entonces y de todos los tiempos con aquellos gero-
 glíficos grotescos indescifrables, uno de los cuales quería Burguillos que fue-
 ra de este tenor:

Hieroglyphico grotesco, de que se pueden sacar moralidades para todos
 estados y una pepitoria espiritual para los cortesanos:

Píntese un queso fresco en la punta de una lanza de 25 palmos, y algu-
 nos ratones trepando por ella, con esta letra de la *Geórgica*, de Virgilio:
labor omnia vincit, y que por una nube salga una mano de un sastre con
 una chinela levantada y con un rótulo que diga: *fugite partes adversae*, y
 de la otra parte un gato con la humildad de los que pretenden hasta que sa-
 len con lo que quieren, y esta letra tomada del libro cuarto de Quintiliano:
actio disimulata melius subrepret, y más abajo Iván de Vargas con una
 ballesta de bodoques apuntando al gato, con esta letra: *deprehensus est in
 malitia tua*, y que todo esto pase junto a la ermita de San Isidro y diga la
 letra castellana:

Pues pasa junto a la ermita
 mi jeroglífico extraño
 ¡entiéndalo el ermitaño!

y por fin, burlóse de sí mismo, atribuyéndose un premio de 200 escudos en
 una cédula sobre los bancos de Flandes «que estaban en la mar, siendo unos
 bajos de arena de gran peligro», y aun esto le dió pie para una indignada
 lamentación de haber sido tan maltratado, con tal sarta de maldiciones jo-
 cosas sobre Lope, que junto a ellas son encendidos agasajos las gitanerías
 más desenfrenadas y modelos de reverencia los peores desenfadados queve-
 descos.

Imáginese el efecto que produciría en el auditorio oír a Lope de Vega,
 que no es imposible figuración creer que los que leyerá públicamente en
 ocasión propicia, decirse asimismo cosas como estas:

Pues el proverbio de tu nombre borras
 con él se llamarán las cosas malas:
 serán de Lope, desde hoy más, las zorras,
 las purgas, las jeringas y las calas,
 preñados petos, afligidas gorras,
 bragueros, pantorrillas, martingalas,

lobanillos, juanetes y corcobas
gordas, espesas, pedigüeñas bobas.

De ti se llamarán los maldicientes
vecinos linceos, nobles mal criados,
los suegros, los inútiles parientes,
la cárcel, el mal vino y los cuñados;
de ti la sarna, el mal francés, las fuentes,
las mohatras, los bárbaros traslados,
los perros muertos y las gatas mortas,
las lenguas largas y las dichas cortas;
si comedia escribieres, plega al cielo
la yerre un jugador representante,
o con las apariencias venga al suelo
nube carpinteril, Angel volante,
la mosquetera escuadra deste vuelo,
de suerte se bazuque tremolante,
que sin los castrapuercos y silvatos
te ladren perros y mahullen gatos.

¡Cómo explica y justifica esta cómica indignación, con sujeto fingido, otros empleos análogos de la acerada pluma de Lope—por muy de ave que fuese—contra odiados adversarios de carne y hueso!

Volviendo al caso, y pidiendo perdón por haberme de él apartado un punto, diré que Lope abrió después el pliego que en el pecho llevaba, sellado y con los debidos requilorios, y publicó los premios recibidos, como era natural, con comentarios vivos de los afiliados a cada parnasillo o con aplausos entusiastas de los amigos, deudos o partidarios del favorecido; adelantáronse sucesivamente los agraciados para recoger sus respectivos galardones, y, al cabo, la divertida concurrencia comenzó a desfilar, tras de haber adorado la reliquia de Isidro, a los sonos de la música y a henchir alborotadamente la plazuela de San Andrés, para desparramarse por las Cavas y el Humilladero, la calle del Peso de la Harina y la Carrera de San Francisco entre plácemes, vayas, donaires, requiebros, norabuenas a los gananciosos, tal cual reniego o pésame de los desdeñados, en el suave y perfumado y tibio atardecer de un día de la primorosa primavera madrileña.

Aquella parecía preceder, sin duda, al triste invierno de la decadencia política y económica de España; pero era aún, y habría de ser durante nuestros gloriosos muy clara y florida primavera, con el sol en el cenit, de nuestras letras, y muy cálido estío de la piedad española, cuya conjunción será bien rememorar, aunque lo sea tan desmañadamente como hoy lo ha sido,

para honra y gloria de dos figuras tan representativas de la una y de la otra, como el mónstruo del ingenio literario de aquel siglo, Fray Félix Lope de Vega Carpio, y el prodigio de virtudes, que ya es dechado para la eternidad de los siglos, Isidro, labrador de Madrid.

Y también en homenaje a la Villa ilustre que a todos nos ampara, y sigue dando muestra de gracejo y buen gusto, que es a su vez rendimiento entre piadoso y familiar a la memoria y devoción del humilde labriego santificado, de llamarnos a los forasteros, como para más acercarnos y más rápidamente incorporarnos a su historia y a sus amores, no extraños, ni gentes de fuera, ni extranjeros, ni menos intrusos o invasores, sino *Isidros*... ¡Ah! en todo caso, aun en los pechos malévolos, esta castiza denominación tiene un sentido de hombría de bien, de rectitud de propósito ¿queréis de candidez? Pues ¡sea! Decidme mirando a los días que corren si eso no es un requiebro ingenioso y cristiano; es decir, madrileño... de cuando no había que perseguir los requiebros como delitos de lesa dignidad, naturalmente.

Pero puesto que no puede evitarse que *Isidro* sea tanto como huésped, y siéndolo yo en esta gloriosa tribuna y en la erudición, abandone yo ambas en vuestro provecho, y ya que el huésped alguna vez da el gusto de ausentarse, os debo para cuanto antes el de mi definitivo silencio.

Pero no sea mi pobre voz la última que aquí resuene. Hable el Manzanares, en cuya boca pone Lope esta buenaventura o profecía dirigida a Madrid, custodio del cuerpo santo de Isidro labrador:

No dudes, Patria dichosa
que has de verte ennoblecida
crecida y esclarecida,
por su reliquia famosa,
por su muerte y por su vida.

.....
Serás Corte de los Reyes,
su casa y sus ejercicios;
tendrás ricos edificios,
en ti se darán las leyes
las dignidades y oficios.

No habrá ingenio, policía,
hermosura, cortesía,
grandeza que en ti no halles,
templos, plazas, casas, calles
te harán insigne algún día.

Todo es bien que en ti se vea
porque, en efecto; el aldea

y el campo lleno de honor
de tan rico labrador
es justo que Corte sea.

Con el río los pastores
cantaban, pues, cosas tales,
y que a sus claros finales
sirvieron los ruiñeños
de trompetas y atabales.

HE TERMINADO



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA
EN LA OFICINA TIPOGRÁFICA
DEL CONCEJO DE MADRID A
XXIII DÍAS DEL MES DE
MAYO DE MCMXXII
LAUS DEO